

Patricio Fernández, *Cuba. Viaje al fin de la revolución* (Santiago: Debate, 2018).

RESEÑA

## DISIDENCIA O PROSTITUCIÓN\*

Ernesto Ayala

Centro de Estudios Públicos

**E**l periodismo impresionista tiene sus limitaciones. Hecho con talento, ayuda a trasladar al lector a un tiempo y un espacio, a transmitir imágenes, sensaciones y olores. Incluso, bien escrito, permite el despliegue del humor. Sin embargo, este tipo de periodismo también puede ser un camino que evita el análisis y se queda con, valga la redundancia, impresiones, anécdotas, que por vívidas —y vividas— que sean no reflejan más que lo que el cronista experimentó. En el fondo, el periodismo impresionista corre siempre el riesgo, ya sea directa o indirectamente, de hablar más del narrador y sus circunstancias que del objeto indagado. Esto sucede, en alguna medida, con *Cuba. Viaje al fin de la revolución*, de Patricio Fernández.<sup>1</sup>

En poco más de 400 páginas, este libro relata, con inteligencia y una prosa muy agradable, un conjunto de viajes de Patricio Fernández —fundador de *The Clinic*, analista político, escritor— a Cuba.

El primero fue en 1992, en pleno Período Especial, luego que, caída la Unión Soviética, Cuba perdió su principal fuente de financiamiento. En aquella ocasión, Fernández mochileaba por México, cuando

---

ERNESTO AYALA. Periodista de la Universidad de Chile. Escritor. Autor de *Trescientos metros* (2000), *Noche ciega* (2000) y *Examen de grado* (2006). Investigador del Centro de Estudios Públicos. Email: eyala@cepchile.cl.

\* Dada la posición del autor como editor de *Estudios Públicos*, este texto fue aprobado por el director de la revista. El autor agradece las sugerencias de Lucas Sierra y Andrés Hernando.

<sup>1</sup> Santiago: Debate, 2018. En adelante, el libro se citará tan sólo con el número de página entre paréntesis.

lo invitó a Cuba José Antonio Viera-Gallo, tío político y entonces presidente de la Cámara de Diputados en Chile, quien, a su vez, había sido invitado directamente por Fidel Castro.

El segundo viaje se dio en 2009 como parte de la comitiva de la Presidenta Michelle Bachelet, viaje que terminó siendo memorable por el entusiasmo mostrado por la Presidenta en reunirse con Fidel, que entonces ya no ejercía como Jefe de Estado pero seguía siendo Fidel, y, luego, por las declaraciones que el mismo Fidel publicaría en *Granma* al día siguiente de esta reunión, en que “promovía que Chile le diera salida al mar a Bolivia” (41), reflexiones que no anticipó de manera alguna a Bachelet y, cuenta Fernández, amargaron a la comitiva presidencial.

Los siguientes viajes no están tan claramente especificados, pero se advierten más como un continuo de estadías de diversa extensión que, en el relato al menos, comienzan a principios de 2015, cuando Barack Obama y Raúl Castro recién habían manifestado la voluntad de restablecer relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba, y llegan hasta abril de 2018, lapso en el que se reabrieron las respectivas embajadas, los Rolling Stones tocaron en La Habana, murió Fidel Castro y Donald Trump asumió la presidencia de Estados Unidos.

Este último periodo justifica el título del libro y articula su sentido en gran medida. Sí, Fernández asiste a lo que parece ser, después de un régimen inamovible por más de 50 años bajo el control de Fidel Castro, un cambio en las condiciones políticas, económicas e internacionales de Cuba, un posible fin de la revolución.

Con Cuba, sin embargo, nunca se sabe y Fernández lo relata con soltura, juego de piernas y fineza. Su crónica es generosa en situaciones en que la certeza con que se realizan las cosas en un país capitalista de Occidente parece desarreglada en Cuba. Así, un viaje en auto fuera de La Habana se puede calcular en distancia pero nunca en tiempo, porque la dirección del auto puede fallar, una rueda se puede pinchar o un diluvio puede inundar la carretera. Si se trata de comprar un plan para el teléfono móvil, el camino oficial y largamente burocrático se puede saltar pagando un dólar en el mercado negro, que te entrega una solución inmediata. Cuba, se sabe, es la tierra de la precariedad, de la improvisación, del acomodarse con lo que hay, del mercado paralelo y, por sobre todo, del tiempo: todo hay que hacerlo con mucho más tiempo del que tomaría en otro lugar de Occidente. Pero el tiempo a la vez sobra, ya

que nadie parece hacer algo realmente productivo con el suyo. Más que una ética del trabajo, existe una ética del goce del momento y del arreglo entre amigos. Para un extranjero sometido al rigor y la velocidad extenuante de una sociedad capitalista, Cuba tiene, así, un inevitable encanto.

No en vano dice Fernández: “¿Por qué, si gobierna una dictadura, el viajero que llega experimenta una liberación?” (389). A eso se suma que en Cuba, como asegura el autor, el sexo “es una fuerza que los vincula a todos con una convicción sanguínea, superior a cualquier ideología” (82). Tiempo, calor y sexo, de hecho, configuran una suerte de paraíso para un hombre que aún conserva sus ímpetus.

De hecho, Fernández llega a reconocerlo abiertamente, con no poco candor, mientras conversa con un par de amigos cubanos. Dice:

—Por lo que me ha tocado experimentar, si alguien tiene mil quinientos dólares al mes, esta ciudad es lo máximo. Se vive como rey: tienes tiempo, tienes amigos, tienes playa, tienes salud, tienes mujeres. ¿Qué más quieres? Es el mejor lugar del mundo. (360)

Esta declaración parece estar en el centro del amor que Fernández profesa por Cuba. La vida es fácil y divertida en Cuba si se tiene el dinero suficiente. Naturalmente, el problema está, como siempre, en este último ingrediente. Nidia, una empleada de ferrocarril que comienza a coquetear con Fernández a partir de una llamada telefónica, le cuenta que recibe como sueldo 25 dólares al mes. “Ni para las celvezas alcanza... Yo lo hago porque si no me aburro. Después salgo en la tahde, busco un extranjero, y a diveltihnos” (155).<sup>2</sup> De hecho, tener mil quinientos dólares al mes ni siquiera es trivial en Chile, donde los ingresos laborales promedio son de 554 mil pesos; es decir, de unos 830 dólares.<sup>3</sup> Bastante más que en Cuba, es cierto, pero también exigen mucho sudor. Tener mil quinientos dólares al mes, de libre disposición

---

<sup>2</sup> Fernández, no siempre pero sí muchas veces, trata de traspasar a la ortografía los sonidos del habla cubana. De ahí esas “celvezas”, esa “tahde” y ese “diveltihnos”.

<sup>3</sup> Datos de la Encuesta Suplementaria de Ingresos del INE para 2017. Ahora, de acuerdo a esa misma encuesta, la mediana —el punto medio de la distribución de los ingresos laborales, donde el 50 por ciento gana más y el 50 por ciento gana menos— es de 379.673 pesos; o sea, unos 570 dólares.

para gozarlos en La Habana durante sucesivos viajes, es, a lo menos, excepcional.

Sumado a esto, Fernández no parece consciente de que justamente gracias a que Cuba es un país muy pobre todo ahí resulta más barato (incluido, hay que decirlo, el sexo). Francia fue muy pobre —y muy barata— después de la Primera Guerra Mundial, y eso explica que Hemingway, Dos Passos, Scott Fitzgerald y quién sabe cuántos miles de norteamericanos más pasaran allá largas temporadas a comienzos del siglo XX. Hoy en La Habana se “vive como rey” con mil quinientos dólares porque hay millones que ganan menos de treinta dólares al mes. Si todos tuvieran acceso a esos mil quinientos dólares, vivir como rey exigiría muchísimo más y Cuba se parecería más a Hawái, Sicilia o las Seychelles. En otras palabras, la “liberación” que el viajero experimenta en Cuba o el entusiasmo que lleva a Fernández a describir La Habana como “el mejor lugar del mundo” tiene buena parte de su causa en un hecho muy concreto: la pobreza de ese país o, si se quiere plantear de manera inversa, la riqueza de quien lo visita.

\*\*\*\*

La posición privilegiada de Patricio Fernández, sin embargo, no limita necesariamente sus observaciones ni su esfuerzo por transmitir parte del fracaso que ha significado la revolución:

En Cuba hoy es evidente que la Revolución acaba de perder su encanto. Su proceso de degradación no es nuevo, pero ahora se encuentra en una etapa terminal. (369)

Fernández, sin embargo, no define explícitamente en qué consiste ese fracaso, cuál es su naturaleza.

Hay un aspecto económico que aparece en muchos de los testimonios que el libro recoge. Aunque más que quejarse de la pobreza, los cubanos refieren a las limitaciones que ella impone, a la falta de oportunidades para desarrollar sus inquietudes y talentos. Hay impresiones asociadas también a las limitaciones que impone una economía controlada centralmente, al limitado acceso a las comodidades de la modernidad, al estado paupérrimo en que se encuentran los servicios públicos,

a una suerte de tiempo congelado de la isla. Ahora, estas impresiones están matizadas, por la sencillez del estilo de vida cubano. Por ejemplo:

Quien diga, sin embargo, que a los cubanos los desvela la riqueza que les falta, no sabe de lo que habla. Si desaparecen las papas o la cerveza, se quejan, pero no viven para el dinero. No es ésa todavía la vara con que se miden entre ellos. Y si la falta de ambición por momentos se traduce en una fatiga del deseo, para quienes llegamos desde el capitalismo puede representar un remanso en medio de la competencia incesante por ganar trofeos. (405)

O:

La pobreza, se aprende en Cuba, no es una condena. Se puede vivir con poco y mucha dignidad. Quizás no exista un mejor lugar en el mundo para los pobres. (406)

Parte de la fatiga que vive la revolución tiene, por cierto, un lado político. Aunque lejos de la fuerza con que lo hizo Jorge Edwards en *Persona non grata*, Fernández describe cómo Cuba es una sociedad vigilada, controlada por un aparato de inteligencia muy institucionalizado y, peor aún, por ciudadanos que se vigilan a sí mismos:

El Líder es el Dios de un sistema panóptico, donde la vigilancia acabó por instalarse al interior de individuo. (...) El último grado de suspicacia establece que si alguien se atreve a mucho, es porque algún acuerdo tiene con la nomenclatura. (243)

En consecuencia, incluso entre amigos se evita la crítica al régimen. Así, no es raro que Fernández nunca encuentre entre los cubanos ansias de democracia, de representatividad ciudadana, de la necesaria rendición de cuentas de las autoridades públicas, aspectos que parecen mínimos en cualquier democracia vigente.

El libro también constata la falta de libertad de expresión que reina en la isla, así como la omnipresencia de la propaganda fastidiosa del régimen y del socialismo, ideología que, según Fernández, muy pocos de los cubanos están dispuestos a defender. Pero el autor no ahonda en el problema epistemológico que una sociedad controlada y sin libertad de expresión puede acarrear. ¿Cómo logra desarrollarse un mínimo

pensamiento crítico si no es posible discutir libremente lo que un vecino te dice, ni qué hablar de lo que viene escrito en el *Granma*? ¿Qué sucede en una sociedad sometida a este tipo de limitación por sesenta años? ¿Cómo se puede imaginar una democracia en esas condiciones? ¿Qué posibilidades hay de que la élite reinante se abra al ejercicio de la soberanía electoral? En Cuba, el estándar básico de una democracia occidental tiene el aspecto de una utopía.

No parece ser especialmente puntudo preguntarse por las consecuencias de largo plazo del pétreo régimen cubano. Si se puede postular a que cierto conservadurismo duro que aún patatea al interior de la derecha chilena es herencia de la dictadura de Pinochet, pese a los treinta años que han pasado desde entonces, ¿cuáles llegarán a ser las herencias internas de la dictadura cubana? Incluso si un improbable régimen democrático comenzara mañana mismo en la isla, la estela de los Castro podría prolongarse por décadas.

Fernández sí detecta hastío o indiferencia hacia las autoridades: a nadie le importa mucho lo que ellas digan o prometan. La decepción y el escepticismo parecen ser la regla de sobrevivencia:

La Revolución es un bloque de granito que nadie quiere cargar. Parece una lápida. Y, no obstante, ese pueblo deprimido es formidable... Pueden ser muchas las necesidades, pero son muy pocas las urgencias. Les consta que hay un problema para cada solución, y se despreocupan. Últimamente, sin embargo, la despreocupación ha dado paso al desencanto. (389)

O:

Hay un silencio incómodo al fondo de la alegría cubana. Una debilidad inconfesable. ¿Castración? ¿Culpa? ¿Vergüenza? Con el paso de los años, la Revolución dejó de pertenecerles, pero en lugar de manifestarlo, guardaron el secreto. (...) La Revolución estatizó la rebelión. Los ciudadanos renunciaron a incidir en el ámbito público. (398)

Fernández no lo dice directamente, pero no es difícil imaginar que este desencanto es lo menos que puede esperarse cuando se ha crecido bajo un régimen que, a lo largo de sus sesenta años, ha vivido de

sembrar expectativas para luego justificar su desilusión: la zafra de los diez millones que nunca se logró, la alianza soviética que sucumbió al Período Especial, el desarrollo socialista nunca llegó por culpa del embargo norteamericano. Aunque es obviamente muy difícil de predecir, dado que no existe forma alguna de enterarse de las disputas de poder en Cuba (de hecho, el libro contiene innumerables conversaciones en las que se trata de especular, a partir de rumores, sobre lo que está políticamente sucediendo), Fernández tiende a creer que la apertura del régimen a la actividad privada, a inversionistas y a Estados Unidos continuará progresiva pero lentamente, al ritmo cubano. Una hipótesis alternativa es ver que esta tímida apertura sólo ha sido una nueva promesa, la creación de una nueva expectativa, sembrada de forma estratégica para tranquilizar tensiones internas, y que más temprano que tarde será desilusionada, bajo una nueva excusa. Por lo pronto, la presidencia de Trump, que enfrió gran parte de lo que avanzó Obama, ya podría utilizarse como una nueva justificación.

\*\*\*\*

*Cuba. Viaje al fin de la revolución*, a no dudarlo, es un relato rico en impresiones, personajes, observaciones, historias coloridas y sabrosas. Si se tiene a la vista *Ferrantes* (2000) y *Los nenes* (2008), sus dos primeros libros, Fernández ha progresado enormemente como narrador. Menos ajustado a un marco estrictamente literario, la crónica parece acomodarlo y ello se nota en la soltura de su relato. Entre otros aciertos del libro están sus apuntes a las muchas relaciones que hay entre el castroismo y el cristianismo, las pintorescas expediciones fuera de La Habana y el generoso paisaje de los personajes retratados.

Sin embargo, la tentación impresionista del género escogido nunca se extingue y pasa por encima de esquinas que un analista como Fernández debiera haber sondeado con más curiosidad. Ensayos como “Viaje a Hanoi”, de Susan Sontag,<sup>4</sup> los de David Foster Wallace reunidos en *Algo supuestamente divertido que nunca volveré*,<sup>5</sup> o, para no ir tan lejos, las crónicas de Joaquín Edwards Bello, dan cuenta de que la

---

<sup>4</sup> Contenido en *Estilos radicales*, editado originalmente en 1969, bajo el nombre de *Styles of Radical Will*.

<sup>5</sup> Editado originalmente en 1997.

observación *in situ* no necesariamente te condena al impresionismo. La introspección aguda, el análisis detallado y fino, el material de archivo y los saltos a conexiones no necesariamente obvias pueden —además de la evidencia tradicional— enriquecer la mirada personal.

Por ejemplo, el autor registra la sensación de seguridad que se tiene en Cuba, percepción que coincide con otros testimonios de visitantes a la isla. Sin embargo, no se da el trabajo de indagar su origen. ¿A qué se debe que La Habana se sienta tan segura? Caminar tranquilamente por cualquier parte de una capital de dos millones de habitantes no parece ser un logro menor para un país. Es, de hecho, una situación extremadamente excepcional. En Chile, sin ir más lejos, la demanda por más seguridad nunca abandona el podio de las prioridades que la ciudadanía exige al gobierno, y no se trata de un país especialmente inseguro.<sup>6</sup> La seguridad en las calles podría clasificar como el mayor logro de la revolución, menos publicitado pero más envidiable que los supuestos logros en salud. ¿Cómo se ha logrado? ¿Se debe a que nadie tiene mucho que envidiar del otro, por lo tanto no habría mayores incentivos al hurto o el crimen? ¿Se debe a la fuerza amedrentadora del aparato de seguridad? ¿A que la ciudadanía tácitamente protege al visitante dado que la isla vive del turismo? ¿O a un código de leyes draconianas que, como describe Human Rights Watch y Amnistía Internacional, entrega muy pocas garantías individuales (más sobre eso en un momento)? ¿O se debe, como se suele comentar en las calles de Cuba, a que cierto grado de condena legal le cierra al cubano toda posibilidad de obtener una visa para entrar a Estados Unidos? Fernández no explora ninguna de estas posibilidades.

En otra parte del libro, el autor se suma alegremente al cliché de que en Cuba existe la mejor educación de América Latina. Dice: “Hablamos de un pueblo, en promedio, más instruido que cualquier otro de América Latina” (398). Sin embargo, la verdad es que no hay cómo saber si esto es cierto. Que ingenieros manejen “almendrones” o atiendan en restaurantes no nos habla de la extensión o la calidad de la educación cubana, sino que de la falta de oportunidades para el desarrollo profesional. Cuba no participa de las pruebas internacionales que miden la calidad de la educación escolar, como PISA o TERCE, de manera que

---

<sup>6</sup> Ver, por ejemplo, Encuesta CEP octubre-noviembre 2018. Pero también la realizada en septiembre y octubre de 2017 o la de julio y agosto del mismo año. <https://www.cepchile.cl/cep/site/edic/base/port/encuestacep.html>.



poco podemos saber sobre la capacidad real de sus estudiantes en matemáticas, lectura o ciencias naturales.<sup>7</sup> Todo indica que Cuba sí ha logrado extender la educación a todos sus niños, pero respecto a la calidad de esa educación se sabe poco o nada. Fernández, por lo pronto, no entrega apunte alguno más allá del cliché citado.

El estado de los derechos humanos en la isla es otro tema sobre el que sabe poco y nada, tanto porque —descontados algunos blogs de iniciativa grupal— no existen medios de comunicación independientes del Estado, como porque Cuba no permite la visita de observadores internacionales. Fernández habla del “pequeñísimo e irrelevante mundo de los «disidentes»” (398, las comillas son suyas) y describe a las Damas de Blanco, agrupación de esposas y familiares de presos políticos que existe desde 2003, como un grupo de señoras solitarias que no le importan a nadie. Por cierto, Fernández podría haberse tomado algo más en serio el tema.

Por ejemplo, con la poca información que tiene a mano, así describe Human Rights Watch la situación en la isla hacia junio de 2017:

El gobierno cubano se apoya menos que en el pasado en encarcelamientos de largo plazo para castigar a sus críticos. Pero arrestos de corto plazo, arbitrarios, de defensores de los derechos humanos, periodistas independientes y otros han crecido en los últimos años. Otras tácticas represivas incluyen palizas, avergonzamientos públicos y despidos laborales.<sup>8</sup>

La misma organización, en su informe sobre la isla de 2009, para dar cuenta de la era post Fidel, habla de que el gobierno de Raúl Castro ha usado “leyes draconianas y juicios simulados para encarcelar a muchos que se han atrevido a ejercer sus libertades fundamentales”,<sup>9</sup> y refiere cómo el Código Penal cubano permite encarcelar a personas in-

---

<sup>7</sup> En esas pruebas, de hecho, es Chile el que obtiene los mejores lugares de América Latina, aunque con puntajes bajos en comparación con el promedio de los países de la OCDE. <http://www.oecd.org/pisa/data/>.

<sup>8</sup> Human Rights Watch, *US/Cuba: Don't Reverse Cuba Policy. Dismantling Embargo Should Be Priority*, 13 de junio de 2017, <https://www.hrw.org/news/2017/06/13/us/cuba-dont-reverse-cuba-policy/>.

<sup>9</sup> Human Rights Watch, *New Castro, Same Cuba. Political Prisoners in the Post-Fidel Era*, 18 de noviembre de 2009, <https://www.hrw.org/report/2009/11/18/new-castro-same-cuba/political-prisoners-post-fidel-era/>.

cluso antes de que hayan cometido un crimen, bajo la sospecha de que podrían hacerlo en el futuro.

Amnistía Internacional no apunta muy distinto. En su reporte de Cuba 2017-2018 dice:

La detención arbitraria, los despidos discriminatorios de empleados y empleadas estatales y el hostigamiento de trabajadores y trabajadoras por cuenta propia seguían empleándose para silenciar las críticas. La censura persistente tanto en Internet como fuera de la Red debilitaba los avances en materia de educación. Cuba continuaba básicamente cerrada para los mecanismos independientes de observación de los derechos humanos.

(...)

Un gran número de activistas, tanto políticos como en favor de los derechos humanos, continuaban siendo objeto de hostigamiento, intimidación y detención arbitraria. La Comisión Cubana de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional, organización no gubernamental cubana no reconocida oficialmente por el Estado, registró 5.155 detenciones arbitrarias en 2017, en comparación con las 9.940 de 2016.<sup>10</sup>

\*\*\*\*

Hay otras omisiones muy dudosas, casi sospechosas. Como bien señala el escritor Arturo Fontaine en un comentario sobre *Cuba. Viaje...*,<sup>11</sup> Fernández, pese a incluir una larga entrevista con el empresario Max Marambio como testigo privilegiado de la ilusión revolucionaria, nunca menciona en su relato al ingeniero chileno Roberto Baudrand, gerente general de Alimentos Río Zaza, empresa que Marambio compartía con el Estado cubano, investigada por la Contraloría General de La República, y que, como muchos recuerdan, apareció muerto en su residencia de La Habana el martes 10 de abril de 2010. Debido a la investigación

---

<sup>10</sup> Amnistía Internacional, *Cuba 2017/2018*, <https://www.amnesty.org/es/countries/americas/cuba/report-cuba/>.

<sup>11</sup> Arturo Fontaine, “Cuba o la ‘isla del sexo’”, *El Mostrador*, 29 de septiembre de 2018, <https://www.elmostrador.cl/cultura/2018/09/29/cuba-o-la-isla-del-sexo/?fbclid=IwAR2riog-HyWmJLRbRkbOp65fjpuvCtAQ7TFGF2p1M2lTcd-JvYrS3IYeEg4E/>.

en curso desde diciembre de 2009, Baudrand tenía prohibido salir de Cuba y había sido largamente interrogado al menos tres veces durante el mes previo a su muerte. ¿Marambio no tenía nada que decir al respecto? ¿Fernández tampoco? ¿No es acaso esa muerte un final definitivamente fúnebre para la historia de amor entre Marambio y la revolución cubana?

Sorprende un poco, por último, la liviandad con que Fernández describe el tema de la prostitución en la isla. No es que sea ingenuo o, en este caso, soslaye. De hecho, lo aborda claramente. Dice: “Es frecuente que los jóvenes oferten a sus novias y que las madres consientan que sus hijas se prostituyan” (83). Luego da cuenta de los usos y costumbres actuales, en donde “la prostitución no sólo vende sexo, sino también la ilusión de un noviazgo sincero” (84). Y reitera más adelante:

En La Habana es prácticamente imposible seducir a una jeva en un lugar público y tener sexo esa misma noche sin pagar. Les cuesta jugar a la seducción sin poner fichas sobre la mesa. Si cada cual se las arregla como puede, ellas han encontrado ese modo. (406)

No hay duda de que la situación está acertadamente descrita. Ahora, esto no es un problema para quien visite la isla, sino para quien vive en ella. Si se piensa un poco, qué puede decirse de una sociedad que invita a sus hijas —y a sus hijos también, por cierto— a prostituirse de manera casi institucional. Si ésta es una de las maneras más seguras de salir adelante, resulta evidente que se trata de una sociedad con un problema estructural. El sexo en Cuba puede ser una fuerza “superior a cualquier ideología”, pero de ello no se desprende que haya que cobrar por entregarlo. La prostitución es materia de otro saco: resulta sólo una forma certera de subsistencia. Su práctica debe ser algo triste, por lo pronto, para los padres de esas hijas (o hijos). Todo padre sueña para sus hijos un futuro más pleno y digno que el que le tocó vivir. Cuba, en lugar de alimentar esa ilusión, alimenta una resignación, que con no baja frecuencia debe tomar la forma de “como puta quizá conoce a alguien y se la lleva a un lugar mejor”.

Fernández nunca lo plantea explícitamente, pero la extensión de la prostitución en Cuba es una consecuencia evidente de un sistema económico que hace agua y de un régimen político que no permite modificarlo. Un país que está a treinta minutos de Florida, en una situación

privilegiada del Caribe, cuna de escritores, artistas y poetas de fuste, con una de las ciudades más bellas del mundo, no merece ese destino. Quienes se han mantenido gobernando el país por sesenta años son responsables de ello. En eso, Fernández acierta: “A diferencia de lo que pudo ocurrir cuando todo esto empezó, hoy es claro que la Revolución necesita a los pobres más que los pobres a la Revolución” (406). Al régimen hoy le conviene que los cubanos estén más preocupados de comer y sobrevivir que de la política. Dicho en corto, el régimen prefiere la prostitución a la disidencia. Sería algo radical afirmar que Fernández también lo prefiere así, pero su libro ciertamente transmite simpatía por el estado actual de la situación. Tal como está, Cuba luce como un país lleno de encantos. Diferente, capitalista, sería otra cosa. *EP*